

J. OLIVIERI

LAS INCREÍBLES AVENTURAS DE

HARRY TAGE

An illustration of two young characters, a boy and a girl, in an ancient Egyptian temple. The boy, Harry TAGE, is in the foreground, wearing a brown jacket, a white shirt, a long white scarf, and tan pants. He has blonde hair and a serious expression. The girl is behind him, wearing a grey jacket and tan pants. The background shows stone pillars and hieroglyphs.

EN EL TEMPLO
DE LOS FARAONES

sm

www.

literaturasm
.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Carla Balzaretto
Texto: Jacopo Olivieri
Ilustraciones: Matteo Piana
Traducción: Mercedes Corral
Título original: *Il faraone scozzese*

Todos los nombres, personajes e indicios relacionados incluidos en este libro, copyright de Atlantyca Dreamfarm s.r.l., son licencia exclusiva de Atlantyca S.p.A. en su versión original. Su traducción y versiones adaptadas son propiedad de Atlantyca S.p.A. Todos los derechos reservados.

© 2012, Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italia.
Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A.,
via Leopardi 8 - 20123 Milán - Italia
foreignrights@atlantyca.it
www.atlantyca.com

Original edition published by Edizioni Salani (Nord-SudEditore)

© del texto en español: Ediciones SM, 2014
Impresores, 2 - Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

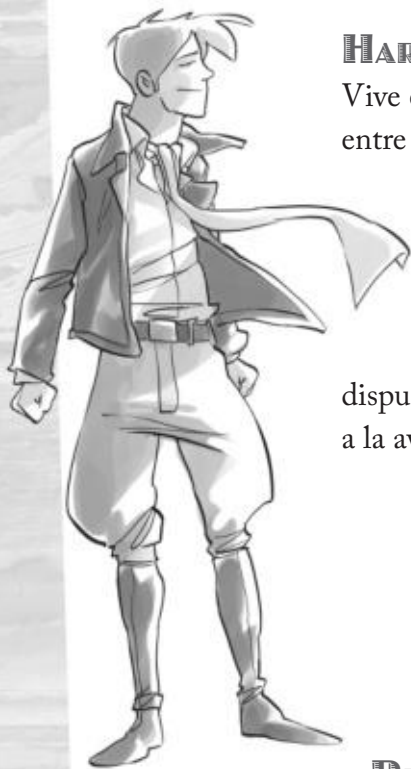
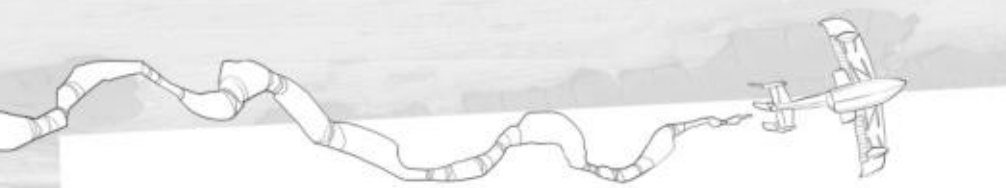
ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



HARRY TAGE

Vive en un museo y se siente más a gusto entre fósiles que con sus semejantes.

Pero cuando el misterio llama, bien sea para explorar un valle perdido, descubrir un bicho prehistórico o buscar un antiguo tesoro... ¡Harry está

dispuesto a lanzarse a la aventura!



RHEA LEQUARRIE

Joven arqueóloga a la que le apasionan los mundos olvidados. Es muy dulce, salvo cuando alguien opina sin fundamentos sobre sus queridas civilizaciones antiguas.



AUGUSTUS WILMARTH

Más flaco y seco que una momia, el rector de la Universidad de Arkhan no pierde ocasión de reprender a Harry por su vivacidad, un poco descontrolada...

WINFIELD PEASLEE

El apacible director del Miksatonik Museum está dispuesto a proteger las piezas de la colección del museo y a su pupilo Harry a toda costa... ¡o casi!



LAURASIA

La mascota de Harry, una pequeña dinosaurio de la especie *Oviraptor*, sigue a su querido amo a todas partes, organizando líos... ¡o sacándole de ellos!



«La verdad se encuentra enterrada en la arena del desierto para que, si por casualidad alguien la descubre, los hombres lo consideren un loco con el cerebro quemado por la soledad y el sol».

HASAN IBN AHMAD AL-HAMDANI



LOS INCREÍBLES DESCUBRIMIENTOS DE HARRY TAGE

Recogidos y narrados por Jacopo Olivieri a partir de las *Memorias de juventud* del propio profesor Tage, anotadas y comentadas por él mismo, y cedidas amablemente por los archivos de la Miskatonic University de Arkham, Massachusetts.

CAPÍTULO UNO



Una alegre musiquita sonaba a través de la bocina del gramófono.

Harry, que todavía estaba en pijama, oía la melodía meneándose junto a los fogones como un desenfrenado bailarín. Laurasia, la pequeña dinosaurio que vivía con él en el museo de Arkham, seguía esa danza improvisada brincando a su alrededor, intentando no perder de vista ni un solo gesto de su amo, que bailaba mientras preparaba el desayuno.

A cada pirueta de Harry, la dinosaurio trataba de atrapar al vuelo los huevos que el chico, canturreando, hacía voltear por el aire al ritmo de la música y luego rompía contra el borde de la sartén. Al final, lo consiguió: abrió el pico de par en par y atrapó uno de ellos al vuelo.

CAPÍTULO UNO

-¡GLUP!

-¡Eh, eh! ¡Este es mi desayuno, pequeña glotona prehistórica! Tú ya recibiste tu parte esta mañana.

Laurasia, ofendida, soltó un pequeño pío-pío y, para vengarse, dio disimuladamente una patada al antiguo casco céltico que hacía las veces de frutero. Era una de





las muchas piezas del museo que Harry había transformado en objetos de uso diario. Laurasia engulló de una sola vez una piña entera. Cuando Harry se dio cuenta, ella había vuelto a su cama y miraba el alto techo del almacén del museo con aire inocente, pero con el buche bastante abultado.

Él rio socarronamente y renunció a regañarla. Esa mañana estaba de excelente humor, mejor incluso de lo habitual. Dentro de poco comenzaría el curso del profesor Bromley. El viejo catedrático de Paleontología era una auténtica autoridad en el campo de los terópodos del Jurásico, y Harry estaba deseando asistir a sus clases. ¡Tenía un montón de cosas que aprender sobre sus queridos animales prehistóricos!

—Lástima que no pueda exhibirte a ti como tesis doctoral, Laurasia —le dijo a la dinosaurio, alzando la voz para que le oyera por encima del chisporroteo de los huevos en la sartén—. ¡Sacaría la mejor nota de toda la universidad! Pero me temo que después tendría que cederte al instituto, y no creo que te trataran tan bien como yo...

Laurasia cloqueó mientras saboreaba su piña. Parecía estar completamente de acuerdo.

CAPÍTULO UNO



Harry devoró rápidamente sus huevos fritos con beicon y luego metió el plato y la sartén en la tridacna gigante, una gran concha que había transformado en fregadero.

Comprobó la hora descubriendo que, como de costumbre, su sed de conocimientos le había llevado a hacerlo todo demasiado deprisa. El reloj del siglo XVIII, apoyado entre los cuernos de una cabeza de alce disecada, marcaba solo las siete. ¡A esa hora, las aulas de la Miskatonic University estaban todavía cerradas!

Para hacer más corta la espera, se envolvió en su bata adamascada (recuerdo de un viaje que hizo a Marruecos para recuperar un cargamento de trilobites) y, con un ejemplar del *Arkham Gazette* en las manos, se tumbó en el sofá.

Al menos, él lo llamaba así, pero en realidad se trataba de un anfibio laberintodonte reconstruido a medias. Lo había encontrado abandonado en un rincón del almacén y lo había convertido en sofá rellenándolo de cojines.

Laurasia, que seguía tratando de deglutir la fruta, corrió a agazaparse a sus pies. Harry hojeó el periódico en busca de alguna noticia apasionante.



También esa mañana, la única página capaz de atraer su interés fue la de los cómics. En la pequeña ciudad de Arkham nunca parecía ocurrir nada interesante.

Entonces fue cuando oyó el grito.

Se levantó del sofá dando un brinco. No podía ser. ¡A esa hora, el Miskatonic Museum tendría que estar vacío! Los únicos que se encontraban allí tan pronto eran él y Jeffrey, el empleado de la limpieza. Tage sabía que, en ese momento, el hombre estaba limpiando las vitrinas del ala egipcia.

¿Sería él quien había gritado?

Sin pensárselo dos veces, Harry salió de la sala y corrió por los pasillos hacia la parte opuesta del gran museo. Laurasia lo seguía, inquieta, lanzando chillidos.

Llegaron al gran vestíbulo y se enfrentaron a la imponente escalinata de piedra que conducía al piso de arriba.

Subir en zapatillas esa interminable serie de peldaños no era nada fácil; el chico estuvo a punto de tropezarse varias veces con los bajos de su bata, pero no aminoró la velocidad en ningún momento. Detrás de él, su amiga reptil restregaba las garras contra los peldaños, torpe en esas superficies tan lisas. La dinosaurio avanzaba patosa

CAPÍTULO UNO

de escalón en escalón, pero Harry no tenía tiempo de ayudarla: estaba concentrado en aquel grito y en lo que podía haber sucedido. Siguió subiendo, sin detenerse.

La sala de los tesoros arqueológicos egipcios estaba justo al fondo de la planta, y para llegar a ella había que atravesar una serie de puertas por las que se accedía a otras salas arqueológicas. Sus afanosos pasos resonaron en aquellas habitaciones vacías.

Cuando llegó al umbral de la sala, Harry no se lo pensó dos veces. Con la bata ondeando como la capa de un amenazador dios vikingo, entró.

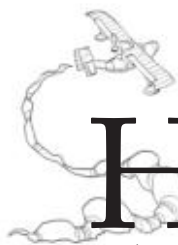
Al principio no vio ni un alma, y siguió corriendo hacia el fondo de la sala. En su impetuoso deseo de llegar rápidamente, había tomado tal impulso que ahora le costaba detenerse, sobre todo por culpa de las zapatillas. Al llegar a la esfinge de piedra caliza situada en el centro de la sala, frenó de golpe.

En un rincón, a los pies de una vitrina, el bueno de Jeffrey yacía en el suelo, tumbado de lado. Parecía estar desmayado. Y podía intuirse que no se trataba de una caída accidental ni de un soponcio.

De hecho, inclinada sobre él había una figura desconocida. Seguramente, su agresor.



CAPÍTULO DOS



Harry sintió que le hervía la sangre. ¡Fuera quien fuese el malintencionado que había atacado al empleado, ahora tendría que vérselas con él!

Apretó los dientes y se preparó a lanzarse sobre el desconocido. «Me está dando la espalda y todavía no me ha visto», razonó rápidamente. «Debo conseguir pillarlo por sorpresa».

Entonces fue cuando llegó Laurasia. Como un cachorro ansioso, la dinosaurio no soportaba la idea de que la dejaran atrás. Atravesó a todo correr el salón con la cabeza baja, como un jugador de rugby lanzado hacia la meta...

... Y chocó directamente contra el trasero de Harry, que salió proyectado hacia delante y aterrizó sobre el intruso.

CAPÍTULO DOS

Ambos rodaron juntos por el suelo.

—¡Ay! ¡Quita, bruto asqueroso!

Harry estaba dispuesto a enfrentarse al misterioso malhechor, pero esa voz lo detuvo. ¡El desconocido era una mujer!

Al estar tan cerca el uno del otro, sus narices prácticamente se tocaban. Harry podía ver en primer plano la cara de la extraña, cuya piel clara se había convertido en granate por la indignación.

Impresionado por la furia de sus grandes ojos azules, Harry se levantó de golpe, como una marioneta tirada de los hilos.





—¡Vaya modales! —continuó la chica, levantándose a su vez. Era más baja que Harry, pero se puso de puntillas para mirarlo a la cara—. Me habían dicho que los yanquis sois unos groseros, pero me negaba a creerlo. ¡Espero que en este sitio no seáis todos tan patanes!

Confundido y avergonzado, Harry solo consiguió murmurar:

—Lo siento. Pensé que eras... un hombre.

—¿Te parezco un hombre? —replicó ella, muy ofendida.

—Ejem, perdona —se justificó él—. Llevas pantalones.

—¡Es mi ropa de trabajo! Y ahora también los llevan las mujeres, ¡retrógrado!

Harry enmudeció, incapaz de responder.

De pronto, la chica palideció y se tocó la cara. Tenía las pupilas dilatadas. Harry, consternado, vio cómo volvía a tirarse al suelo.

Antes de que pudiera preguntarle qué estaba haciendo, ella se volvió a poner de pie rápidamente.

—Había perdido las gafas —declaró triunfante.

Se las ajustó bien en la nariz, se atusó su despeinada melena rubia y volvió a mirar al muchacho. O, mejor dicho, a algo que se movía detrás de él.

—Ahí hay una especie de avestruz.

CAPÍTULO DOS

–Ah, sí... Esta es Laurasia, mi animalito de compañía.
–¿Animalito, dices? ¡Si es casi tan grande como yo!
Sintiéndose implicada, la oviraptor ladeó la cresta
e hizo ¡CRUAAA!, dando la pata como un perrito.

La joven no dudó en estrechársela.

–Veo que en Estados Unidos los animales son más
civilizados que los seres humanos.

Abochornado, Harry le tendió la mano.

–Yo, ejem... Soy Harry Tage.

–Rhea. Rhea LeQuarrie –se presentó ella–. Y el fu-
lano tirado en el suelo, ¿quién es?

–¡Brontosaurios gruñones! Lo había olvidado
Harry corrió a arrodillarse junto a Jeffrey.

–Respira regularmente. Menos mal.

Aliviado, el chico examinó el cuerpo inmóvil del
empleado. Le dio la vuelta con delicadeza, colocándolo
en una posición menos incómoda. No tenía signos de
heridas, pero...

–Tiene algo clavado en el cuello –observó Rhea.

–Es verdad. Parece una pluma de avestruz.

La pluma solo estaba hincada unos milímetros, como
un dardo. Harry se la extrajo con cuidado y la observó
perplejo.



—Está impregnada de un líquido.

La joven se acercó ajustándose las gafas.

—¿Veneno?

Harry se acercó el dardo a la nariz para olerlo.

—Por suerte, no. Creo que se trata de un narcótico paralizante. Por el olor, parece haber sido extraído de la *Nymphaea cerulea*, más conocida como...

—¡El loto azul egipcio! Efectivamente, es una planta que tiene propiedades sedantes.

Se miraron, mutuamente sorprendidos.

—Pero ¿tú cómo lo sabes? —se preguntaron al unísono.

—Yo... estudio Paleontología; por tanto, entiendo de ciencias naturales —declaró Harry.

Por primera vez, la chica le sonrió.

—Y yo soy arqueóloga; por tanto, entiendo de arte egipcio. El loto se utilizaba mucho en esa cultura como motivo ornamental. Los egipcios lo reproducían en las esculturas, las pinturas, los capiteles de las columnas...

Harry volvió a sonreír.

—¡Mi abuelo Percy también era arqueólogo!

—Entonces, no creo que le hiciera mucha ilusión ver en qué se ha convertido su nieto.

CAPÍTULO DOS

-¿A qué te referes?

La expresión de la chica había cambiado de pronto. Un instante antes, su gesto era amable, pero ahora se había endurecido.

Perplejo, Harry bajó la mirada y vio que la chica le estaba apuntando con una pistola.

-A que eres un mentiroso y un ladrón, mister Harry Tage.



CAPÍTULO TRES



Al ver el arma, Harry se quedó paralizado. Laurasia dio un respingo y empezó a agitar la cola, fustigando el aire con breves chasquidos.

–Tranquila, pequeña. No te muevas –le susurró su amo.

La dinosaurio replicó con un graznido tenso, pero obedeció y se quedó quieta. Harry alzó lentamente las manos en signo de rendición y se levantó del suelo.

–¿Qué estás diciendo? –preguntó el muchacho.

–Tú estás compinchado con los fulanos que he visto huir de aquí hace un momento.

–Pero ¿a qué te refieres? ¡El museo está cerrado! Más bien has sido tú la que has entrado a escondidas.

–He entrado porque la puerta estaba abierta. He visto salir de aquí a cuatro individuos que, mira por dónde, iban vestidos igual que tú.

CAPÍTULO TRES

Harry, cada vez más consternado, se miró. Había olvidado por completo que estaba todavía en bata.

—¿Quieres decir que has visto a unos tipos saliendo del museo en pijama?

—No me tomes el pelo. ¡Sé reconocer vuestras túnicas de adeptos de Anubis! —gritó la chica.

—¿Adeptos de Anubis?

—Sois famosos en el ambiente de los arqueólogos. Os hacéis pasar por coleccionistas de vestigios históricos, pero solo sois unos saqueadores de tumbas. ¡Unos vulgares ladrones!

A pesar de lo absurdo de la situación, a Harry le entró la risa.

—¿Y qué he robado, según tú? Aquí no falta nada.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me dices de eso? —sin quitarle ojo, Rhea señaló algo con la cabeza.

Harry se fijó en la vitrina situada junto al cuerpo tumado de Jeffrey: la habían roto. Y el interior estaba vacío.

Bajó los brazos, desconcertado. La joven arqueóloga emitió un gritito nervioso y agitó el arma para asustarlo, pero Harry se encogió de hombros.

—Es inútil que me amenaces: esa es una pistola de percusión Deringer de 1840, más o menos. Una pieza



de anticuario que, seguramente, no funciona. El museo tiene una colección completa de ellas y, aparte de otras cosas, son más bonitas que la tuya.

Rhea enrojeció y volvió a meterse la pistola en el bolsillo de su chaquetilla.

—Es una reliquia de familia. La llevo siempre conmigo. Harry volvió a sonreír.

—Bueno, al menos me confirma que eres una arqueóloga. Anda que ir por ahí con semejante antigualla...

—Si te habías dado cuenta, ¿por qué no me has despedido enseguida?

—Para demostrarte que puedes fiarte de mí. No tengo malas intenciones.

Ella parecía seguir dudando.

—Sabes mucho de objetos antiguos, como los adeptos.

—¡Uf! Ya te he dicho que tenía un abuelo arqueólogo. ¿Insistes en no creerme? Te lo juro: si voy vestido así —dijo venciendo el embarazo, y se desató el cinturón de la bata mostrando a la arqueóloga el pijama y las zapatillas— es porque vivo aquí, en el museo.

Mientras lo decía se dio cuenta de que, como explicación, no era demasiado creíble. De hecho, la chica no parecía muy convencida.

CAPÍTULO TRES

Se le acercó a un palmo del pecho guiñando los ojos, mientras se colocaba bien las gafas en la nariz para observarlo mejor.

–Vista de cerca, en efecto, podría no ser una túnica egipcia –le concedió.

–De acuerdo –dijo Harry meneando la cabeza–. ¿Sabes lo que vamos a hacer? Te llevaré a ver al director del museo. Así me creerás.

Harry habría preferido cien veces luchar contra los misteriosos asaltantes, incluso con las manos atadas detrás de la espalda, en lugar de tener que soportar aquella escenita. Pero no había podido evitarla: nada más entrar en el despacho de Winfield Peaslee, al director se le ocurrió convocar también a mister Wilmarth. El rector se había precipitado al museo desde la vecina universidad y ahora estaba allí con las manos en la cabeza.

–¡Pobre de mí! El museo descerrajado, un empleado agredido y, sobre todo, ¡una pieza robada! Qué mancha para el buen nombre de la universidad. Y qué casualidad: donde hay líos está siempre usted, joven Tage –lo miró sin ocultar su desaprobación–. Y siempre inadecuadamente vestido, debo añadir.